

LA TRANSICIÓN VISTA DESDE LA IZQUIERDA

Desde la perspectiva de las izquierdas (siempre han sido varias), la transición del actual sistema autoritario a otra de carácter democrático (sobre el punto, cada izquierda tiene su propia definición), está hoy enmarcada, al menos, por seis factores: el agotamiento del autoritarismo más antiguo del planeta, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el salinismo, el calendario electoral y los cambios en el sistema internacional de poder.

Históricamente el grueso de la izquierda mexicana no vio un vía útil en el sistema de partidos ni en el proceso electoral. Por mucho tiempo su modelo ideal fue el camino de los clásico: la lucha revolucionaria. Confió menos en las urnas y más en la calidad de sus militantes; sin embargo, la crisis del socialismo real le obligó a reconsiderar el valor de la vía electoral.

Tras la crisis general del paradigma socialista y el triunfo del neoliberalismo, las diferentes izquierdas nacionales se han visto obligadas a hacer una reevaluación de los medios y los fines. Esta reevaluación se ha hecho de una manera bastante libre, pues ya no es en función de la guerra fría ni del dogma ideológico, sino de las particularidades de cada sociedad.

Para la izquierda mexicana se abre hoy un camino muy original y prometedor; aunque no exento de peligros. En efecto, aquí y ahora se combina una de las revoluciones económicas neoliberales más radicales y dogmáticas del mundo subdesarrollado y el más reciente y menos ideológico de los movimientos insurgentes de América Latina; el encabezado por el EZLN. Por otro lado, también aquí se combina el sistema autoritario que mayor tiempo se ha mantenido en el poder en este siglo -11 años de dominación de caudillos revolucionarios (de Carranza a Obregón) más 65 años del partido del Estado-, con un partido electoral de centro izquierda -el PRD-, que, pese al fraude y la hostilidad gubernamental, ha logrado consolidar el apoyo de una masa importante de votantes que le permite superar la marginalidad electoral en que vivieron todos los partidos de izquierda en el pasado.

Las peculiaridades del caso mexicano son tales que abren la posibilidad -que no la seguridad- de innovaciones desde y para la izquierda. Lo peculiar salta a la vista: desde uno de los extremos del país, un movimiento insurgente indígena, convoca a la más amplia gama de la izquierda no armada - indígena, mestiza y criolla- a discutir la agenda nacional en la selva. El gobierno da todas las garantías para la reunión, y el Ejército abre su cerco para que los civiles deliberen de San Cristóbal primero y en un territorio sustraído a la autoridad formal después.

En la primera etapa de las discusiones de la Convención Nacional Democrática convocada por el EZLN -la que tuvo lugar en San Cristóbal de las Casas el 6 de agosto, antes de ir a la selva- se abordó la naturaleza de la transición política en un sistema basado en un partido de Estado. En la mesa respectiva, como en las otras cuatro restantes, quedó en claro la naturaleza, proyectos y estado de ánimo de la izquierda mexicana. Para empezar, la composición de los convencionistas resultó ser un verdadero abanico de la izquierda, aunque no total, pues su parte más radical, como fue el caso del PROCUP, no fue invitada.

Los convencionistas provenían de los cuatro puntos de la geografía mexicana y el conjunto era auténticamente pluriclasista, lleno de energía, deseoso de saldar cuentas con el poder... y, en ciertos casos, portador de ideas francamente descabelladas, utópicas. Se trataba, según comentó un convencionista y usando una expresión del subcomandante Marcos, de "los representantes del sótano de la sociedad mexicana"; tenía razón, era un esfuerzo por organizarse desde abajo que contrastaba con la tradición mexicana de organización desde arriba. Imposible saber que tan representativos eran los seis mil delegados de sus respectivas organizaciones o convenciones estatales: un estudiante de la UAM venía apoyado por 40 votos de sus compañeros, pero los delegados de la COCEI de Oaxaca estaban avalados por una organización regional fuerte, con experiencia y responsabilidad de poder, y enteramente capaz de

respaldar sus posiciones con la movilización. En fin, sea como fuere, la mesa que abordó el urgente tema de la transición del régimen de partido de Estado a otro, democrático, tuvo como punto de partida un documento del EZLN: el partido de Estado es inviable, la contienda civil contra el fraude es válida y las elecciones del 21 de agosto deber ser vistas como parte de un proceso más profundo: el de la insurgencia de la sociedad civil que busca un cambio en la naturaleza y objetivos del poder.

La izquierda de aquí y de cualquier parte, se ha caracterizado por su diversidad. En este aspecto la reunión en Chiapas no fue la excepción. Sin embargo, tras numerosísimas intervenciones en torno a la transición - el primer tema en una agenda de cinco- quedaron en claro los puntos comunes. En primer lugar, el apoyo al EZLN; no necesariamente por su naturaleza de movimiento armado sino por la justicia de sus demandas y su respaldo a la vía pacífica. En segundo, el compromiso para llevar adelante la lucha por poner fin a un sistema de partido de Estado y a su agenda económica y social. En tercero, la necesidad de un nuevo marco constitucional, pues el de 1917 con sus más de 400 reformas por obra del poder presidencial, ya no corresponde a la realidad de fin de siglo. En cuarto, la necesidad de lo que se ha denominado un gobierno de transición -cuya naturaleza en esa sesión no quedó muy clara. Finalmente, los convencionistas apoyaron los derechos de los pueblos indígenas a un desarrollo acorde con sus valores y

formas de vida. Sin embargo, las diferencias -importantes- también salieron a flote.

Un grupo , al que es puede llamar radical, retomó la vieja tradición revolucionaria, anticapitalista y antiimperialista (esta vez contra el TLC). En sus propuestas otorgó un importancia secundaria al proceso electoral y una alta prioridad a la construcción, "desde abajo" de una democracia popular, es decir, a la organización autónoma y horizontal de la sociedad dentro de un esquema no capitalista y cuya meta era la desaparición de las clases sociales. Para quienes sostenían esta posición, resultaba evidente que el sistema de partidos y la democracia representativa no tenían ningún valor; al contrario, eran parte de las formas a destruir por ser, en la práctica, encubridoras de la explotación y tan dañinas a los intereses de las clases explotadas. En resumen, desde esta perspectiva revolucionaria tradicional, el enemigo fundamental es el Estado mismo -el gran obstáculo a la libertad- y todas sus formas de organización, incluidos, desde luego, los partidos. En este discurso se volvieron a dejar oír los ecos de Rousseau, Marx, los anarquistas y los difuntos partidos comunistas.

Del otro lado estuvo, quizá de forma mayoritaria, una izquierda moderada, que veía en la destrucción del partido del Estado y en la construcción -por primera vez en la historia de México- de un auténtico sistema de partidos, una meta válida que abría la posibilidad -que no la seguridad- de construir un

nuevo orden social, menos injusto y más democrático. La parte más dura de este grupo moderado, exigió declarar al PRI fuera de la ley por haber detentado ilegalmente el poder. Desde el extremo opuesto, se pidió aceptar la posibilidad de transitar a la democracia cargando con el PRI pero sólo si se eliminaba su carácter de partido de Estado. Realistas, radicales y moderados, sospecharon que la posibilidad de un fraude el 21 de agosto seguía siendo muy alta -a ojos de la mayoría, el IFE no representaba una garantía de limpieza. Para disuadir al gobierno de seguir por ese camino o para revertir el fraude cuando se dé, había que organizar la resistencia civil desde ya.

Entre los que discutieron en San Cristóbal el problema de la transición no parecía haber un exceso de confianza por los partidos políticos existentes, pero en la medida en que la hubo, se le otorgó sólo al PRD, pues a ojos de los convencionistas la cooperación del PAN con el PRI a lo largo del sexenio, lo había descalificado como fuerza democrática. Sin embargo, en la agenda de más de un convencionista está la formación de un nuevo partido.

En resumen, el surgimiento del EZLN, la supervivencia del cardenismo al hostigamiento sistemático del gobierno, la coincidencia del calendario electoral con el agotamiento del presidencialismo priísta, un neoliberalismo excesivo en su bondad hacia los pocos y en su dureza hacia los muchos, la "tercera ola democrática" mundial, y un sistema internacional

libre de las rigideces de la guerra fría, se han combinado para permitir el resurgimiento de la izquierda mexicana. Ahora bien, lo que es aún una incógnita, es la capacidad de un agrupamiento tan heterogéneo para cooperar entre sí y con otras fuerzas democráticas, y movilizar a sus bases sociales en favor de un cambio de régimen.

Es claro que México necesita una izquierda fuerte pero no dogmática para lograr un desarrollo político y social menos desequilibrado que el actual. Para fundar esta afirmación no hay que ir lejos ni cavar hondo, basta con palpar el alto grado de corrupción y ver las cifras sobre la distribución del ingreso. Lo ideal sería el afianzamiento de una izquierda pacífica, activa, sin dogmas, no sectaria, efectiva. Ahora bien, lograr esto es responsabilidad tanto de esa izquierda como de su contraparte: el gobierno. En efecto, si el poder insiste en continuar por donde vamos -mantenimiento del partido de Estado y defensa autoritaria de los intereses creados-, se dará la razón a quienes consideren que el viejo régimen solo entiende el lenguaje de la fuerza y que el único camino es la acción directa: esa que el EZLN ensayó el primero de enero, pero hoy está haciendo lo posible por evitar.

Pie de página. La cultura del fraude sigue viva, un conocido en quien tengo plena confianza, presencié al mediodía del martes 9 en el supermercado Gigante de avenida Cuitláhuac, en el DF, como tres jóvenes promotores del PRI se acercaron a una señora

de pocos recursos y le ofrecieron 300 mil pesos (viejos, supongo) a cambio de cinco credenciales de elector: la suya y la de cuatro familiares. ¡Así vamos el 21 de agosto!